

Nueva cultura rural

“Si la raíz es ofendida, junto con ella morirán las ramas.”

Li Chi

Permítanme que me presente. Cuando me invitaron a acudir a estas jornadas y vi el resto de invitados escribí rápidamente a Juan diciéndole que se habían confundido de persona, yo no soy ninguna erudita, ni catedrática, tal como se describía a los compañeros que iban a participar. Tengo un oficio que es el de contar historias, y que dota a los periodistas de un océano de conocimiento, pero de un centímetro de profundidad. Sé que un centímetro es poco para aportar a los conocimientos de gente tan preparada, en un tema tan poliédrico como la cultura rural, que se nos está muriendo entre las torpes manos del mundo moderno. Pero quizá el hecho de haber sido redactora jefa de *Agenda Viva*, la revista de la Fundación Félix Rodríguez de la Fuente, que recoge el testigo de un hombre que amaba con pasión la naturaleza y que insistía en la necesidad de que convergiesen el mundo de la conservación y la cultura rural, me permita aportar alguna pequeña clave, resumen de todas las claves que la gente que he ido entrevistando a lo largo de estos años han reflexionado en voz alta al ritmo de nuestras preguntas.

También quizá a ese centímetro de escasa profundidad le pueden ayudar a ensancharse en significados y sentidos los veintiséis años que llevo viviendo en el campo, la mayoría de las veces en sierras montañosas de nuestro país, en lugares un poco alejados de los pueblos, en plena naturaleza, montando proyectos donde lo comunitario, la agricultura, el cuidado de la naturaleza y de la gente eran los ejes. Por ello, el sentido etimológico de cultura —cultivar, cuidar— y el de agricultura —el arte de cuidar la tierra— es también el sentido de mi vocación en esta vida. Esta quizá es mi sencilla aportación a este debate para el que no tengo recetas, pero si ciertas conclusiones profesionales y vitales de estos años de intenso amor a la tierra.

Eso sí, les aviso que al no pertenecer al mundo académico y haber contado con la plena confianza de Odile, la hija de Félix, para desarrollar una línea editorial atípica, los límites de mi investigación de las causas de la debacle actual en todos los órdenes, ecológicos, sociales, económicos, han sido tan anchos que me han permitido buscar la ofensa a nuestra raíces en la dimensión más espiritual del hombre moderno.

Y cuando me refiero a la palabra «espíritu» retomo la división que todas las doctrinas tradicionales hacen de la constitución del hombre en cuerpo, alma y espíritu (*soma*, *psique* y *nous* en la tradición grecolatina de la que nuestros genes culturales han bebido). En todos mis trabajos me gusta ir bien hacia las raíces.

Esa ha sido la esencia de la línea editorial que ha hecho que *Agenda Viva* se convierta en un referente en el mundo de la ecología, con varios premios nacionales. Muchos de los autores que hemos entrevistado —como Rupert Sheldrake, Fritjof Capra, Vandana Shiva, Satish Kumar, Jordi Pigem, Fred Alan Wolf, S. Hossein Nasr, Pierre Rabhi, Ignacio Abella, Jerry Mander, Humberto Maturana— pertenecen a esa “minoría cognoscitiva” que desde la moderna sociología, con P. Berger a la cabeza, intentan nombrar a aquellos para quienes “lo sobrenatural y la búsqueda de lo sagrado es todavía (o de nuevo) una realidad con significado”. (1) Línea que ha podido incomodar a veces a ciertos sectores científicos que sólo conocen la tecnología moderna para medir lo

tangible y desconocen que todo hombre tiene tecnologías superiores en lo más íntimo de su ser que le capacitan para medir con meridiana precisión el mundo de la intangibilidad, de lo invisible, del misterio que nos rodea y al que hemos ofendido profundamente al negar su existencia.

He ahí la raíz y he aquí la ofensa de la que quiero hablarles.

La raíz espiritual de la cultura rural. La tradición

Dice un historiador atípico o fuera de formato académico, Félix Rodrigo Mora, al que entrevistamos en *Agenda Viva*, que hemos de buscar las raíces de la cultura rural —a la que a él le gusta llamar «sociedad rural popular tradicional», nomenclatura que traigo a colación, pues dentro del estudio de la raíz es necesario hablar de una palabra muy mal entendida en nuestros días: tradición— «en el sincretismo de los estilos de vida de los pueblos libres del norte (astures, cántabros y vascones) con la cosmovisión cristiana más genuina, siendo el monacato hispano, tan innovador, el que da origen a esa fusión, que se manifiesta en la obra de Beato de Liébana, *Comentarios al Apocalipsis de San Juan*, del año 776». (2)

Esta hipótesis me permite entrar directamente a hablar de la raíz espiritual que ha dado de mamar un tipo de savia, digamos que celestial, a la cultura rural que explicaría, según mi humilde criterio, su fuerza y su belleza que tanto atrae, en estos tiempos, muchas veces de forma inconsciente, a los llamados nuevos rurales, los cuales ven en el retorno a los pueblos como esa última frontera, el último refugio que brinda un incierto reposo en medio de tanta densidad, en un mundo que parece derrumbarse ante sus ojos. De ellos y de esta atracción hablaré más adelante.

La cosmovisión cristiana genuina que nombra Félix Rodrigo no es, por supuesto, la actual fosilización de parte de la Iglesia católica, una de las estructuras que la representa actualmente, una gigantesca maquinaria burocrática que hace siglos que cedió al poder temporal y perdió por ello parte de su autoridad espiritual, aunque siempre debemos salvar de las generalidades a las excepciones individuales y a lo que se esconde tras un miembro en decadencia; hay muchas iglesias dentro de la Iglesia. Aquí hablamos de las virtudes y los valores profundos del Evangelio que se reflejaban con claridad en esta nueva sociedad que era profundamente tradicional. Y permítanme que me detenga en esta palabra que ha sido tan denostada por el mundo del progreso que se erige ideológicamente como un movimiento antitradicional, pues a nuestro parecer, el mío y el de una diversidad de autores, algunos del mundo académico -no todas mis fuentes son fuera de formato-, esta es la raíz: la Tradición con mayúsculas, que vivificó y debería seguir vivificando la cultura rural. Si queremos una nueva cultura rural, la renovación solo puede venir de las raíces inmateriales de esa cultura, que se constituyó en la Alta Edad Media, en el VIII-IX y esa inmaterialidad, ese Espíritu es lo que la Tradición vehicula.

Perdonen mi radicalidad, sé que estos términos no son quizá los que se esperaban de mi conferencia, soy consciente que me muevo en los márgenes políticamente incorrectos, pero gracias a Dios no tengo nada que perder, pues no pretendo nada, más que ser fiel a las conclusiones intelectuales que todos estos años de investigación han producido en mi alma. Conclusiones que se suman a la cada vez más extensa lista de autores que hacen una crítica al predominio de la racionalidad

occidental que interpreta desde parámetros mecanicistas y materialistas, creando una cultura de relación con la naturaleza teñida de exclusiva practicidad, con los problemas que todos sabemos que eso ha ocasionado: la hegemonía de un modelo cultural occidental de progreso indefinido que ha acabado matando nuestro espíritu por una materialización progresiva, para terminar después con el resto del globo, con esa gran mayoría de víctimas que le sobra al neoliberalismo, un capitalismo transnacional llevado al extremo.

Así que allá vamos, al cielo de las ideas metafísicas, más allá del mundo material donde la nueva religión de la ciencia se siente cómoda y ha instaurado su reino, un reino en el que, como decía Nietzsche, Dios ha muerto, lo sagrado ya no existe.

Cuando hablo de tradición no estoy hablando de costumbres o usos, no me refiero a lo que hoy se entiende por esa palabra de actividades puramente en el nivel de lo humano, no hablo de la intervención de factores humanos ya sean sociales, psicológicos, tal como la actual ciencia de la historia de las religiones quiere hacernos creer con la intención de reducirlo todo a lo humano, negando que haya un orden que lo sobrepase. La Tradición implica un elemento de orden suprahumano, un Principio Absoluto que algunos llaman divino, que se comunica en el origen de cada civilización para señalar al hombre la verdad; este es, de hecho, el elemento esencial y constitutivo.

“Tradición” significa etimológicamente “transmisión”, la transmisión desde el Cielo de una visión profunda de lo que es el Hombre, cuál es su origen y cuál su destino, su función, cualidades y facultades, una visión demasiado profunda para ser encerrada en definiciones racionales y que apunta a que su existencia en la tierra tiene un sentido sagrado.

Permítanme un paréntesis antes de continuar con la etimología de “tradición”, sobre el lenguaje de los símbolos, que utilizo con profusión y voy a utilizar a lo largo de toda la conferencia, pues los símbolos tienen la capacidad de hacernos intuir una realidad superior, un arquetipo del que es reflejo. Nos permiten captar la esencia que se oculta tras el fenómeno, atisbar su misterio, percibir su realidad sutil. Son como la nota espiritual de los fenómenos. Cuando digo la palabra “Cielo”, de la que desciende esa transmisión que es la raíz espiritual de la cultura que estoy analizando, me refiero a un símbolo muy poderoso; el cielo es un fenómeno visible para todos nosotros que nos habla de amplitud, de apertura, de vastedad, de profundidad, de belleza—cuando las estrellas titilan en la noche o la luna pende misteriosa—. La nota espiritual de ese fenómeno, su conexión con el mundo de las esencias, el arquetipo que representa es lo Absoluto, lo inmutable, lo sin forma, no sujeto a la ley del tiempo y el espacio: lo eterno. Cuando digo “Tierra”, la tradición quiere decir el mundo de las formas, de lo relativo, de lo que muere y nace en un perpetuo ciclo de impermanencia y renovación, humano viene de humus, tierra, ligado a la tierra. El hombre verdadero, uno de los símbolos más perfectos de la creación, es el mediador entre el Cielo y la Tierra, enlaza lo relativo y lo absoluto, el firmamento y el suelo, como las dos alas de un pájaro que le permiten volar en el cielo y posarse en la tierra gracias a la integración de su doble naturaleza.

La tradición bajo todas sus formas es un recuerdo de esa visión intemporal del hombre y de su origen, ya se trate de la transmisión de leyes y costumbres sagradas o la transmisión de su significado espiritual. Esta transmisión es la que ese monacato vertió en el alma de esa nueva sociedad que se arrebujó alrededor de ese centro espiritual que

era el monasterio, cuya función en aquel mundo, como en el de ahora, resultaba revolucionaria, como revolucionario era el modelo al que seguían: Jesús de Nazaret. Imagínense a los políticos corruptos amando al prójimo como a si mismos, todos seríamos ricos.... No olvidemos que Beato de Liébana fue un monje cántabro que dicen estaba vinculado al ala revolucionaria del cristianismo, y que en su obra aparece la cosmovisión que dio origen al concejo abierto y al comunal, ejemplos de revolución frente a la cultura de imperio y dominación que había prevalecido hasta entonces.

Así que tenemos un modelo de *ora et labora* que se irradió desde el monacato medieval a los pueblos, gestándose una cultura, la rural, que bebía entonces de dos fuentes: de la savia profunda de la tierra, del libro abierto y sagrado de la naturaleza con el que se relacionaba a cada instante para lograr el sustento y el solaz del alma y del vino del cielo que cada domingo, en cada acontecimiento importante de sus vidas, bautizos, matrimonios, muertes, fiestas les hablaba de las verdades inmutables, universales y eternas y de la responsabilidad que como hombre todos tenemos.

Una cultura que ha sido un ejemplo encomiable de vuelo que no debiéramos dejar morir, un ejemplo de virtudes y principios, de sentido de la responsabilidad de los propios actos y con el prójimo, con el que formaba un solo cuerpo comunitario, un ejemplo que según mi humilde criterio es el único renuevo posible para que las ramas del árbol de lo rural no mueran para siempre bajo la presión de un mundo globalizado, donde la cultura, la política, la tecnología y la economía es hegemónicamente urbana, y amenazan con disolverla absorberla o exterminarla.

Caín y Abel, historia de un crimen perpetuo

Traigo a colación ahora un mito que tiene la profundidad de ser fundacional. Es decir, de hundir su sentido simbólico en los fundamentos de la naturaleza humana. Quiero aclarar que para mi y muchos autores, algunos fenomenólogos y filósofos de la cultura actual como Mircea Eliade, “el mito es un suceso real que ejemplifica y da luz a la intrahistoria humana, y por lo tanto se hace íntimo y significativo en la naturaleza del hombre.” No se trata pues de fábulas o fantasías con las que el pensamiento racionalista quiere denostar a la tradición oral, sino la transmisión de un conocimiento que construye al individuo. “Los niños son educados oyendo y observando... sin escritura, la memoria es perfecta, la tradición exacta. Al niño que va creciendo se le enseña todo lo que se sabe... Las canciones son una forma de contar cuentos que cada niño aprende y forman una biblioteca completa... Los oyentes son mantenidos en una red de palabras entretejidas”. (3)

El mito de Caín y Abel habla, entre otras muchas cosas, de dos maneras de habitar el mundo, que a lo largo de la historia han engendrado a las culturas sedentarias que dieron lugar a las ciudades, que para los antiguos eran los lugares donde la semilla de la corrupción y la decadencia anidan con más facilidad, con el hermano Caín a la cabeza. Y a las culturas nómadas de cazadores y pastores asociadas con cierta inocencia y/o primordialidad, con el hermano Abel como representante.

¿Por qué traigo a colación este poderoso mito del primer crimen de la humanidad? Porque comulgo con la idea desarrollada entre otros por Dionisio Romero (4) de “que las relaciones históricas entre el mundo rural y el mundo urbano son similares a las de los pueblos nómadas y sedentarios. Siendo lo urbano la consolidación

de las posibilidades de las culturas sedentarias, y lo rural heredera de muchos de los valores que definen a las culturas nómadas”. Y porque desde hace siglos, y cada vez con más evidencia para el observador atento, el Caín de las ciudades ha perpetuado ese primer crimen contra la cultura rural mientras extiende sus inagotables necesidades de espacio, de recursos y de hombres.

No es casualidad que la cultura rural tuviera su cenit en el siglo X-XI, cuando apenas existían las ciudades y los Estados estaban fragmentados, sin la cohesión y los apetitos de dinero y territorio de las naciones posteriores. A medida que la idea de Estado iba consolidándose, la cultura rural iba sufriendo sus embates, su delito sostenido de rapto de sus bienes, a lo largo de los siglos, entrando en una decadencia progresiva fruto de las sucesivas crisis, hasta recibir, como dice Félix Rodrigo: “una puñalada final durante el régimen franquista cuando unos cinco millones de personas abandonan las áreas rurales para ir a las ciudades y zonas industriales, y la actual crisis de agonía que padece, con la aplicación de la aciaga Política Agraria Común (PAC) de la UE, cuando la actual “democracia” nos integra en esta en 1986”.

Pero hablemos primero de las bondades de Abel, que decimos se ven reflejadas en la cultura rural, cuya ofrenda fue la que el Cielo aceptó y lo que produjo la envidia de Caín y que se acometiera el primer crimen. Entendamos porqué el Cielo, como símbolo de las verdades que no mutan, universales para todos y para cada hombre, prefiere esa manera de vivir, más austera, que deja menos huella, ecológica dirían los conservacionistas, más impecable, dirían los Pieleros, con la tierra que acoge a nuestros antepasados y cuyos rostros nos miran desde la tierra.

Y porque esas bondades, que aún tienen pálidos reflejos en nuestros pueblos, se están convirtiendo en un imán que atrae poderosamente a los nuevos rurales y los extrae de las urbes para injertar nueva savia en la parra vieja de una cultura que agoniza, con la posibilidad de que si ambos mares—los hombres de campo que nunca salieron y los hombres de las ciudades que regresan—, que se juntan en el istmo de una cultura amiga de la tierra y el cielo, recuperan las raíces que dan la identidad real: las raíces del Cielo y la Tradición, existe una posibilidad de construir juntos una nueva cultura rural. Esta es la tesis: sin el redescubrimiento de lo sagrado que está íntimamente unido al renacimiento de la tradición, la enfermedad que el hombre moderno siente en un mundo del cual el Espíritu ha sido expulsado no se sanará y crecerá hasta extinguir el último río, la última pradera, la última esperanza.

Las bondades de Abel

Para muchos autores estamos ante una cultura extinta recientemente, por su dependencia de las instituciones, monetización, grado colosal de aculturación e insignificancia numérica, pero que se conservó durante siglos, mientras el eje vertical, es decir, la dimensión espiritual y sagrada de la vida, la vertebraba y le indicaba el camino recto a seguir para poder perpetuarse en una economía de ciclos cósmicos, de estaciones y calendas que ordenaban sus vidas y las normalizaban con las leyes de la mejor maestra que ha existido nunca y siempre: la Madre Naturaleza. Renovación eterna con sus ritmos y modos que marca la orientación y que dibuja para el hombre atento las leyes de los límites que nunca se han de romper. «La relación que se mantiene con el campo marca los ritmos, los pactos y las relaciones vecinales de las personas

rurales. Algo de los pueblos nómadas se ha transmitido al mundo rural, especialmente su visión colectivista del territorio y la importancia de la palabra y el compromiso honorable. La tierra no sólo da alimentos y produce bienes, sino que además envuelve a sus habitantes en un manto de significados propios que vitaliza su cultura». (5)

Un mundo donde la subsistencia no era sinónimo de pobreza, donde la economía era sencilla, donde no se temía a la palabra «sacrificio» (el hacer sagrada cada cosa por la conciencia sencilla de la importancia de todo) ni el esfuerzo continuado. Donde se ejercía la paciencia ante la imprevisibilidad de los cielos, donde la memoria oral transmitía el conocimiento, y el trabajo comunitario trascendía los intereses particulares. Un mundo donde la austeridad o la frugalidad era la medida para llenar la mano, abierta a la ayuda mutua, donde compartir las fatigas y las alegrías de las fiestas populares que jalonaban el discurrir de las lunas y los soles por las cosechas y las tareas más variadas.

La cultura rural tiene realmente un parentesco con los pueblos nómadas del Abel del mito, que tanto atraen a nuestro imaginario, por su interés compartido por los ciclos temporales, su tiempo es más cualitativo que cuantitativo; en Extremadura “el tiempo lo dan *regalao*”, esa frase nunca se podría decir en una ciudad como Madrid indica esa relación. Ambas culturas tienen una actitud comunitaria y abierta con la tierra, la tierra en los pueblos era comunal, se gestionaba de común acuerdo, se prohibían los cercados, el uso individualista. Los bienes comunales que aún nos quedan en los pueblos dan buena fe de ello, aunque con la actual Ley Montoro, el Caín Estado está a punto de darle la última estocada a ese territorio de fraternidad compartida. Pues, como dice Félix, desde sus orígenes el comunal “está íntimamente vinculado a la institución asamblearia del concejo abierto. En efecto, sin comprender este no puede *inteligirse* con objetividad el comunal, que lejos de ser una institución esencialmente económica debe ser percibida como la plasmación de un ideario sublime de convivencia y relación a un nivel superior entre los seres humanos, lo que Felipe Esquíroz plasma en la noción de “espíritu de comunalidad”.” (6)

Ambas culturas hacen de la costumbre la norma legal, para ambos pueblos la importancia del pacto de hombre a hombre, de la palabra dada, es sagrada. Comparten un respeto profundo por la memoria oral (para los nómadas árabes del desierto la destreza lingüística es independiente del alfabeto escrito, que aparece como un apéndice muy tardío en la historia del lenguaje en su totalidad. La capacidad de la tradición oral para transmitir grandes cantidades de versos durante siglos ha provocado siempre admiración, que entronca con el *ars de la memoria*, una de las potencias del alma realizada). Sienten una predilección por la configuración de pequeñas poblaciones donde es posible el conocimiento mutuo, que permite el recuerdo por las genealogías y los parentescos. ¿Y tú de quién eres? Son culturas en las que pervive el trueque, el baile y la música popular como artes principales que son la vía para la expresión natural de una alegría compartida. “De alguna manera, los pueblos son como comunidades nómadas que se detienen en el espacio y, si no son absorbidos por las fuerzas centrífugas de lo urbano, mantienen una huella de las culturas antiguas.” (7)

Otro de los atractivos poderosos de las culturas nómadas es su conexión con la dimensión sagrada de la vida. Y aunque nuestros pueblos ya no son lo que eran, sigue siendo evidente que se construyeron con una idea sagrada acerca de la naturaleza del hombre, sujeto a una jerarquía, donde el espíritu lo domina y dirige todo. No es baladía que los pueblos que mantienen su memoria arquitectónica, siguen conservando el

simbolismo del centro y de la periferia, de lo vertical y lo horizontal, la cruz latina. A imitación del cuerpo del hombre donde el corazón está en el centro, la iglesia es el centro, simboliza el corazón del pueblo, su eje inmóvil, la torre del campanario con su tañido es un símbolo que el hombre tradicional sabía leer y que le recordaba la finitud del hombre en la tierra, y su destino póstumo en el cielo, un recordatorio que dotaba de un argumento firme para ejecutar el dominio de la pasión individualista en pos de una compasión comunitaria por las cuentas venideras.

Alrededor de la iglesia, del centro, se van desarrollando en círculos concéntricos la vida de los pueblos, la plaza y el ayuntamiento, representando en esta orientación un sentido donde el valor organiza la función. “Y las manos y los pies de este cuerpo arquitectónico serían las huertas alrededor del pueblo donde el hombre trabaja con sus manos y desenvuelve muchas de las virtudes culturales que da la tierra, recordemos que “cultura” viene de la palabra “cultivar”, es de origen agrícola, y ahí tenemos la primera escuela del hombre: la tierra, la huerta, dónde se laborea el esfuerzo, la observación, la paciencia, la incertidumbre, las tragedias naturales.” (8) Dionisio Romero.

Uno para todos y todos para uno

Y más allá de las huertas encontramos el comunal, el uso de los bienes naturales que pertenecen a todos: el agua, los montes, los caminos y que junto a todas las cuestiones que afectaban a la comunidad rural se decidían en los Concejos Abiertos. Una institución revolucionaria en su tiempo, y en el actual, si se consiguiese retomar su poder. Pues es devolverle a la comunidad la capacidad de decidir sobre los bienes comunes -que nadie conoce mejor que ellos, y de los que hasta hace poco se dependía tan directamente para su supervivencia-, a través de la asamblea, donde desde sus inicios medievales cada miembro del pueblo tenía voto, fuera mujer —varios siglos antes de que el Estado español, y otros estados lo permitieran— u hombre, pastor, herrero o abuela. Un poder que se desarrollaba paralelo al poder del señor feudal y que servía para controlarse mutuamente, pues hasta la Constitución de 1812, según David E. Vassberg, citado por Félix Rodrigo, cuando supuestamente ésta quiso liberar a “los siervos”, la gran mayoría de la tierra y los medios de producción resultaban ser de propiedad colectiva y comunal, esto es, de las clases productoras agrarias, entonces el 90% de la población y no de los poderosos caballeros y el clero.

Así que tenemos a un Abel rural que desenvuelve un proceso de organización, cultura y administración territorial ancestral donde la mujer y el hombre, enraizados en su tierra, coexistían mediante un vínculo de unión entre la naturaleza y sus pobladores humanos que se ocupaban y preocupaban por ella, ya que dependían de esta para vivir. Un régimen concejil y comunal que fue creado en la primera Edad Media según los estudiosos sin prejuicio contra el medieval, lo que me devuelve a la tesis de que sólo las raíces que nacen en el cielo de las ideas justas puede generar un modelo tan solidario, tan de hermandad, que hace decir todavía a muchos de la generación de nuestros abuelos que darían cualquier cosa por volver a aquellos tiempos en el que el dinero no les había transformado en egoístas e individualistas, y en el que el problema de una casa era el problema de toda la comunidad, y que los vecinos iban rotando en la vendimia de uno y del siguiente, compartiendo el trabajo, levantando una casa, limpiando los montes u organizando una siembra. Y donde el traje bueno, se le dejaba al que tenía que ir a hacer algún asunto importante, y las penas y las alegrías eran compartidas. Esa red de

ayuda mutua nacía de una comprensión profunda de que todos somos hermanos y de que al prójimo se le ama como a uno mismo, mensaje revolucionario donde los haya. Este es el eje sobre el que los pueblos pueden renovar la extinta cultura rural, no hay otro posible para hacer girar la rueda del futuro.

Las maldades de Caín

¿Pero por qué nuestro Caín repite el crimen de acabar con las bondades de Abel indefinidamente? En este caso, ¿por qué la cultura civilizada —ya desde la Grecia clásica se consideraba Política a la administración de la *polis*, que viene de ciudad, y se menospreciaba a los pequeños núcleos o pueblos—, ha denostado a la cultura rural y le ha declarado la guerra, sustrayéndole paulatinamente su identidad, basada en su relación con la tierra y en una cultura más sencilla de fuerte cohesión social?

Hemos visto las bondades de Abel, veamos ahora las “maldades” de Caín, o porque su ofrenda no fue aceptada. Caín es el fundador de las ciudades, los sedentarios, los que se fijan a un territorio y pierden paulatinamente, a medida que crecen en demasía, su relación con el gran libro de la naturaleza, que habla a nuestra naturaleza más íntima y la reequilibra, como decía Félix Rodríguez de la Fuente. Esa pérdida de conexión les va quitando frescura, inocencia, y un cierto sentido de armonía y de belleza que la naturaleza derrama por doquier. Por otro lado, sus habilidades de organización van desarrollando estructuras e instituciones sociales y políticas de complejidad creciente, lo que les hace ir sofisticando su personalidad para sobrevivir a la complejidad de los códigos, que no cesan de innovarse, lo que hace que las costumbres no cesen de mudar y se de paso a la tiranía y superficialidad de las modas. Su capacidad arquitectónica les permite generar espacios que se alejan de la medida humana, se pierde la idea de cobijo, hasta llegar al extremo de los grandes rascacielos, que es como arrancar al hombre de su raíz terrena. Por otro lado, a la par que desaparecen los estímulos naturales aparecen los estímulos artificiales, para llenar ese vacío de la plenitud que da el contacto con la naturaleza.

El hijo de Caín es herrero, puede transformar por tanto los minerales, lo que les permite extenderse en el territorio y dominarlo a base de desarrollar una tecnología para la guerra y le permite, con el paso de los siglos, crecer cada vez de forma más veloz, primero con una técnica con medida humana, como los telares que permitían al hombre una actividad serena, conciente y creadora para ir sofisticándola paulatinamente hasta llegar a la revolución industrial del siglo XIX, donde la máquina irrumpe y determina el orden social y natural para siempre, devorando materias tenebrosas como el petróleo, que todo lo que toca lo contamina y que le permite lanzarse a la conquista del mundo para expoliar la naturaleza, para poder alimentar un sistema de vida ya degenerado, sin raíces ni en el cielo ni en la tierra. Los herederos de Caín representan el enfado con la divinidad y sus leyes por lo que deciden ser como los titanes y desplegar hacia el exterior el poder que la técnica les produce, separándose cada vez más de sí mismos y haciendo de la idea de progreso material el eje de su crecimiento, creciendo cada vez más en el plano horizontal y olvidando crecer en el plano vertical, esa escalera de Jacob de las virtudes y el discernimiento. Y es ese crecimiento cada vez más veloz, lo que delata su patología cancerígena en el territorio en el que vive, llevando al colapso a todos los órdenes naturales, como una y otra vez muestran los Informes del Panel Intergubernamental IPCC y sacrificando a su paso cualquier cultura que se oponga a su manera de habitar y dominar la tierra, que cree que le pertenece. “Conquistarla y

someterla, estremeciéndola en sus fundamentos”, como decía Francis Bacon uno de los padres de la revolución científica. Y, como bien decía Emerson, “el modo de ver la naturaleza que tiene cualquier pueblo determina todas sus instituciones”. Así que no es de extrañar que las instituciones de los cainitas sean depredadoras de recursos, pues para ellos la naturaleza no es una madre, no es sagrada, es solo materia prima, de lo que surge un capitalismo hedonista que tiene como consejeros a Narciso, Fausto o Prometeo, los herederos actuales del cainismo.

El crimen de Caín

Viendo las bondades y las maldades de los dos hermanos, es inevitable la lucha que surge entre estas dos maneras de entender el mundo. Caín necesita cada vez más espacio y recursos, más de la mitad de la población mundial vive actualmente en megaciudades, y desde su soberbia prometeica impone el dominio de un pensamiento único que intenta uniformizar en una ciudad global a todo los habitantes del planeta, disolviendo la diversidad de culturas: la nómada, la indígena, la rural, los pueblos originarios, los otros, los diferentes, los que no se civilizan y prefieren apenas dejar huella; los herederos de Abel, de la tradición que es enemiga de la modernidad, la cual aborrece de su pasado en una ilusoria evolución que la hace supuestamente cada vez mejor que los antepasados y por tanto la modernidad es enemiga de la tradición.

Para muchos, el abandono del campo con todas las consecuencias nefastas para la biodiversidad y para la sociedad en general, que pierde una cultura de referencia para afrontar crisis como la actual, ha sido forzado, incluso diseñado —y como comenta Félix Rodrigo el diseño de su derrota viene de antaño— por un Estado que fue cobrando fuerza e identidad a lo largo de los siglos. En una época más reciente, tras la pérdida de las colonias, ese Estado quiso convertirse en Imperio, para lo que hacían falta armas y utensilios para el progreso y la modernidad en ciernes, es decir, fábricas y obreros que trabajasen; y esa mano de obra que trabajaba los campos era idónea, si se les quitaba primero esa estúpida autonomía para autogestionárselo todo, que les daba un carácter indómito, una voluntad propia, una inteligencia natural, un sentido moral y una valentía que dificultaba cualquier proceso de adoctrinamiento. Así lo demuestran las sucesivas revueltas que desde el campo ha habido a lo largo de nuestra historia, siempre ante los abusos de un poder ajeno, al que siempre miraron con recelo, pues crecía al amparo de todo lo que ellos despreciaban.

¿Y cómo lograron modelar esa cultura? Se consiguió a fuerza de decretos, persuasión y represión. Provocando que ellos mismos despreciaran su valía, sus saberes (que abarcaban medicina y farmacopea popular, oficios, agricultura, ganadería, música, danza...). Parafraseando el análisis de Félix Rodrigo en su libro *Naturaleza, Ruralidad y Civilización*, fue a través de los medios de comunicación de masas, primero la radio, después el cine y posteriormente la televisión; a la par que despreciaban su mundo «retrógrado» y «anticuado», trazaban el camino dorado hacia las ciudades donde, en vez del paraíso prometido, la mayoría de ellos se hacinarían por millares en las deprimentes barriadas obreras, junto a las insalubres fábricas; cambiando la libertad de la autogestión por la sumisión a la máquina, y sus herramientas manuales de medidas humanas por el maquinismo feroz y deshumanizante.

Contaron también con la ayuda de los maestros, como indicaba Caro Baroja en sus *Estudios sobre la vida tradicional*, que inoculaban en los niños rurales un imagen

negativa de su cultura, haciéndoles avergonzarse de sí mismos y renegar de su tradición y les prometían un futuro de posesiones inalcanzables en su medio, gracias a una revolucionario progreso que, a caballo de un técnica superdotada, dejaría para siempre atrás las fatigas del trabajo humano. A esto hay que sumarle también la estrategia, durante el franquismo, para convencerles de pasar del policultivo al monocultivo, que instaura la producción para el mercado a cambio de dinero y acaba con una economía de trueque, encadenándoles al dinero con intereses, por tanto a la banca —y ya sabemos a dónde le lleva su usura sin control— y que acabó por desagrarizar el campo, eliminando la actividad sobre la que se vertebraba su cultura; quedó así un vacío que acabó llenándose poco a poco con la imitación defectuosa de la vida en las grandes ciudades. Defectuosa, en efecto, porque para ser perfecta haría falta, como me decían dos jóvenes adolescentes de mi pueblo, un centro comercial Carrefour en las afueras, adonde poder ir a pasar el día, como manda el dios mercado.

A todas estas estrategias diseñadas desde «la capital», hay que añadir los defectos que la cultura rural también iba acumulando en su proceso de degeneración, propio de todo lo que nace, crece y muere. Las instituciones colectivas siempre sufren la influencia erosiva del tiempo por la paulatina desconexión con lo real, desmoronándose desde dentro por la esclerosis de unos valores que pierden su dinamismo interno.

«De este modo, por la acción de unos y la complaciente omisión de otros, fue destruida una forma de vida en sociedad, de cosmovisión, de valores, de cultura y de existencia material que, con todas sus carencias y defectos, era incomprendiblemente superior y más civilizada que la ahora existente.» (Félix Rodrigo).

Pero este rapto y delito de apropiación indebida acaba aniquilando al propio Caín, que muere de éxito, como el cáncer que acaba con su huésped, en su apropiación del espacio para poseer todas su fantasías materialistas; y en el desmantelamiento de la cultura que guardaba la tierra se expone —por poner sólo un pequeño ejemplo de actualidad y en la dimensión más práctica— a que todos los bosques se incendien, hecho provocado en último término por la pérdida de los criterios tradicionales de conservación del bosque que los rurales tenían. Las actividades rurales son productoras y mantenedoras de los tesoros naturales que tanto se aprecian desde las ciudades: «El hombre tradicional era el mejor conservador de la naturaleza puesto que, por un lado, era consciente de su valor sagrado que le superaba mientras que, por otro, le mantenía.» (Jesús García Varela).

Brasas para el recuerdo activo, para volver a prender el fuego

Así, en este rapidísimo repaso de las confabulaciones contra un sistema que no es compatible con la idea de progreso globalizada y con sus modelos de desarrollo socioeconómico, llegamos a la actualidad, en la que no podemos decir que en el Occidente desarrollado exista ya una «cultura campesina». Quedan, quizá, los rescoldos de una hoguera que dio calor e iluminó la vida de millones de campesinos durante siglos, brasas que se resisten a morir y que aún brillan en lo que se llama en Occidente el mundo rural-marginal. Ese mundo sobrevive en aldeas de montaña, en zonas aisladas e inhóspitas, donde algunos pastores indómitos aún despiertan en ciertos niños de la ciudad el simbolismo del indio piel roja autóctono; y así, a su regreso a la urbe, un niño contaba maravillado en la escuela del pastor que había conocido: «No necesita ir a la tienda para vivir, todo lo saca de la tierra, la leche, la verdura; sabe distinguir todas las

pisadas que se encuentra; no sabe leer, pero sabe usar hierbas que él mismo coge para curarse la picadura de la víbora o del alacrán, el dolor de estómago...». Fascinado, comenta que de mayor quiere ser como él; a sus siete años ha encontrado ya un héroe.

Ese mundo heredero de valores que nos recuerdan los mensajes del cielo y de la tierra nos atrae a muchos como esa última frontera, el último refugio que brinde un incierto reposo en medio de tanta densidad, en un mundo que parece derrumbarse ante nuestros ojos. Parece como si lo rural —aunque muy pálidamente— pudiese reflejar aún las huellas de las culturas tradicionales, mitos de nuestro corazón, donde la belleza de la naturaleza no es sólo un concepto estético que se contempla sin compromiso. Pero la triste realidad es que la cultura rural, al igual que las culturas tradicionales, se disuelve vencida por sus enemigos históricos: el Estado lejano y periférico y su propio olvido del valor inestimable de una cultura que hace su eje de la armonía entre el cielo y la tierra. Ha perdido su contexto vital, los eslabones de la tradición oral se han roto y la sabiduría se encuentra relegada a unos pocos, que desaparecen día a día, mientras las campanas les hacen un último homenaje, anunciando para los atentos la desaparición de otro gran libro vivo para interpretar el medio.

Se podrá argumentar, por otro lado, que las propuestas que vuelvan la mirada al campo, al tejido económico rural y agrario, son tan solo idealizaciones. “Sin embargo, despachar la experiencia campesina como algo que pertenece al pasado y es irrelevante para la vida moderna; imaginar que los miles de años de cultura campesina no dejan una herencia para el futuro [...]; todo ello es negar el valor de demasiada historia y de demasiadas vidas [...]”. (9)

Para crear una nueva cultura rural que haga frente a tantos desafíos hemos de avivar las brasas que tienen su imagen más nítida en las comunidades indígenas orgullosas de sus usos y costumbres tradicionales, que se resisten a la apisonadora de la uniformidad en muchos lugares del mundo, y que uno puede tener la suerte de encontrar reflejadas en algunos de nuestros pueblos; en su defecto, uno puede calentarse a la lumbre de las historias de esas brasas que, recordadas por los mayores, cuentan de prácticas que alumbran el camino a seguir en esta noche oscura de un Occidente que necesita reinventarse. Prácticas assemblearias, de democracia participativa, directa, encaminada más a la obtención del consenso que al triunfo de una determinada facción, y que serían un antídoto para la corrupción de nuestra democracia. Ejemplos de ayuda mutua que tejían redes capaces de desafiar la adicción a la protección estatal que, como decía Ivan Ilich, va socavando la confianza en uno mismo y en el prójimo, y serían medicina para los recortes que nos hacen vivir en el miedo de que solos, sin la protección del Estado, no podemos sobrevivir. Ayuda entre los vecinos de la comunidad que servía para cuidarse los unos a los otros y para cuidar lo común de todos, y que les hacía comprometerse libremente y ofrecer a la comunidad uno o dos días de trabajo, para restaurar los caminos o los muros que se derrumbaban tras las lluvias, efectuar la limpieza de los bosques...

Historias de hombres que sabían hacer de todo para vivir en su medio y que encontraban en él todo lo que necesitaban para vivir; capaces de dormir en el manto helado de la nieve y levantarse sin queja y construir el establo, y la casa, y las colmenas, y elaborar la piel para el zamarro, y tallar la alberca, y arreglar todo con todo, y levantar muros, y canalizar las aguas, y hacer brotar la semilla, y operar al ganado, y esquilarlo, castrarlo, sacrificarlo, embutirlo. Y saber dónde está cada fruto, cada hierba aromática,

cada piedra, cada nido, la guarida del hurón y la del tejón, la paridera del jabalí, e interpretar el vuelo del águila perdicera o culebrera. Hombres cuya casa es tan grande como los horizontes de las cinco direcciones del espacio.

Todas estas descripciones nos sirven para observar someramente la gran diferencia entre la dolorosa especialización en la que vive la cultura urbana, que la hace dependiente de todo, y la capacidad de autogestión multidiversa de la cultura rural, que «incluía astronomía, meteorología, ecología, botánica, fisiología, geografía, medicina, etc.» (10) Se construyen así dos tipos de hombre, dos cosmovisiones, aunque la segunda apenas refleje ya esa simbiosis con la naturaleza, pues se han abandonado los viejos hábitos de entretener las manos en todo tipo de tareas.

Y ese hombre natural, que ha sido vilipendiado y a la vez idealizado por el hombre urbano, está extinto, pero sus hijos son todavía distintos a los hijos ciudadanos que están sobreestimulados por miles de artificios que les resuelven electrónicamente cualquier veleidad, habituados a excesivas comodidades que desnaturalizan, como afirma el *Tao Te King*. Pero todavía es posible encontrar ejemplos de la dignidad, el equilibrio y el orgullo que proporciona la función asociada a la artesanía verdadera, la sensación real de saber cuál es el lugar del hombre en la naturaleza.

Todo esto permite entender la dificultad que los nuevos rurales se encuentran cuando llegan a la tierra prometida para interpretar correctamente las diferencias existentes con los lugareños, los rurales, sobre los que proyectan muchas veces sus estereotipos de lo rústico, simplificando y deformando desde su subjetividad urbana lo que no aciertan a entender ni muchas veces a respetar, sin ser capaces de aceptar sin querer modificar. Y también la dificultad que tienen los lugareños para integrar de la noche a la mañana una miríada de nuevas creencias, que muchas veces representan un conflicto entre una diversidad de discursos, que compiten por hacer de su creencia el eje sobre el que vertebrar la convivencia.

El encuentro de dos miradas

El modo de vida del campesinado es, sobre todo, tradicional; su resistencia al cambio en el pasado ha sido tal vez el principal factor de estabilización en la civilización humana, y el caldo de cultivo de excelentes cualidades humanas, por lo que la llegada a sus plazas, a sus calles, de personas que son hijos de una posmodernidad que lo relativiza todo a su paso, que hacen del fluir una filosofía que contrasta con el esfuerzo sacrificado de los lugareños, para los que el “no me apetece” no ha lugar, produce como mínimo cierto escándalo. Les sorprende la aparición en sus vidas de unos hombres y mujeres que prefieren vivir en el monte, apartados de la comunidad, buscando no se sabe qué, algo, en todo caso, que ellos no comprenden, pues por tenerlo tan cerca han dejado de verlo. Convivir con jóvenes que cambian de pareja cada doce lunas o con individuos que quieren mantenerse, como en la ciudad, anónimos, sin que nadie les moleste, les fiscalice o les juzgue a través de juegos de control social a los que no están acostumbrados, donde todos saben de todos, pero que son la manera de elaborar los fuertes lazos sociales propios de su cultura, de su convivencialidad, se hace a veces difícil de digerir para ellos.

El calidoscopio de nuevas formas transforma el paisanaje tradicional: musulmanes conversos, que parecen sacados de las mil y una noches, y que a más de

alguna mujeruca les hace parecer que todo es un sueño de reminiscencias árabes; laicos contrariados con la Iglesia que desprecian a las beatas del pueblo y quizá nunca entablen desde sus mutuos prejuicios amurallados una conversación que les acerque en lo que de común tienen; antisistema radicales, antisistema por estética, alternativos, *hippies* de carromato que no llevan zapatos y gustan de bañarse desnudos donde los del pueblo se bañan vestidos, *pijipis*, extranjeros que no hablan ni jota. Ecologistas que luchan contra una cultura rural enajenada por la revolución verde, que contaminó sus acuíferos, sus tierras, sus cuerpos con la promesa de exprimir más eficazmente a la tierra a costa de lo que fuese, representantes de «un ecologismo que se ha instalado en los pueblos como un frente misionero, dispuesto a la conversión de sus paisanos. Pero poco esfuerzo se ha hecho por aproximarse a su intelectualidad, aunque sea oral y, por tanto, esquiva a un escrutinio ilustrado.» (11)

Como defensa, el paisano inventa etiquetas para marcar la diferencia: «los de la comuna», «los alpargateros», «los *hippies*», «los pobres» o «los ecologistas» son apodos de carácter peyorativo que manifiestan su desconcierto, cierta desconfianza y el malestar ante tanta diversidad de diferencias y que en definitiva reflejan lo que dice Jerónimo Aguado, de Plataforma Rural: «Muchas de las iniciativas que en las dos últimas décadas han llegado al campo, tanto si se convierten en éxito como en fracaso, casi siempre están desvinculadas, sin conexión con el medio rural tradicional. No se generan los lazos que faciliten los aprendizajes mutuos, con la rápida desaparición de raíces y saberes». Y esa desconexión refleja la distancia entre dos mundos, y en algunas comarcas, donde hay suficiente concentración de neorrurales, los alternativos acaban formando una comunidad dentro de la comunidad, sin participar de la vida del pueblo, de sus actividades, creando las suyas propias, incluso sus propias escuelas alternativas, buscando la solidaridad de la gente que comparte su forma de ser, a veces poco conforme con las costumbres locales y que sería ocasión de conflictos. Y desde el otro margen del río que les separa, los paisanos se aprovechan de los recién llegados y les impiden el acceso a la tierra marcando precios desorbitados que establecen la diferencia entre ser de los suyos o ser eternamente un forastero.

Pero no siempre es así; en otras ocasiones, la integración se busca mutuamente y son los propios vecinos y sus ayuntamientos los que facilitan la llegada de nuevos pobladores ofreciendo casa municipal, posibilidad de trabajo o lo que sea, con tal de que no se cierren las escuelas, el signo definitivo de la crónica de una muerte previsible. Por su lado, los nuevos pobladores se involucran en las asociaciones locales, en las Ampas, en las de comercio, en los ayuntamientos como concejales, porque quieren formar parte de la comunidad y que sus hijos hagan suyo el paisaje y el paisanaje. Algunos preguntan, para gran deleite de los campesinos mayores, sobre sus formas tradicionales de manejo del territorio, y así, en palabras de José Antonio Pérez Rubio, «los neorrurales asumen el rol de depositarios de esta tradición, el manejo sostenible de los recursos naturales, de la medicina natural, así como de algunos oficios artesanos en peligro de extinción, de técnicas de construcción en la arquitectura tradicional de las comarcas. El uso de la agricultura biológica según las técnicas tradicionales por los nuevos pobladores así como la recuperación de estos oficios, suponen una labor etnográfica y de documentación que no existía hasta el momento de la llegada de estos nuevos pobladores, interesados por estos temas y con una concepción diferente de la vida y del trabajo que implica la valoración de estos *saberes*; todo ello ha constituido una bocanada de aire fresco en la recuperación del saber popular».

Y aunque la mayoría de los neorrurales no hacen de la agricultura su actividad principal, por las dificultades que tiene este sector desamparado, muchos tienen huerta que manejan con una mezcla de información de aquí y allá y que para el paisano atento, como Aurelio, presidente de Redes, supone, en definitiva, territorio liberado a la maleza, al abandono, a los incendios. No son los mejores agricultores del mundo, pues muchos no tienen ancestros rurales y no han tocado una azada en su vida, pero, gracias a ellos, en muchas poblaciones de montaña se mantienen las acequias, los bancales no se caen, y las tierras tienen una segunda oportunidad, aunque sean gestionadas deficientemente a la vista de un verdadero rural. Además, fruto de este intercambio de experiencias, algunos practicantes de la agricultura intensiva empiezan a reflexionar y a plantearse el regreso a una agricultura no contaminante, a entender que de lo que se come se cría, y que si se come tóxico se cría enfermedad y muerte, tal como les indican sus nuevos vecinos, tan ilustrados en estos términos.

Más allá de las diferencias, de las disonancias, los elementos en conflicto necesitan, las dos orillas forman un río de vidas, los pueblos necesitan nuevos pobladores para no morir, para rejuvenecer, niños para evitar el cierre de las escuelas, trabajadores para revitalizar el tejido productivo, y los nuevos pobladores necesitan aire para respirar sus sueños, incluso sus utopías, por lo que a ambos les interesa entenderse, respetarse, aprender a convivir y aprender a aceptar los defectos que todos llevamos cargados a la espalda, y aprender de lo bueno que cada uno destila, sin olvidar, si es posible, las raíces tradicionales que son reflejos de una vida buena.

Nueva cultura rural

Todos estos encuentros y desencuentros son la causa de que «la forma de pensar y los comportamientos de los rurales de hoy hayan cambiado radicalmente. La cultura rural es más bien una mezcla, con adaptaciones y con diferencias regionales y nacionales, de hábitos urbanos mezclados con tradiciones, formas de pensar más o menos adaptadas a la diversidad de comunidades rurales existentes; éste es el caso de nuestro país. La cultura rural es un *totum revolutum* que refleja la complejidad de sus estructuras, la presencia de nuevos actores en el medio rural, el arraigo de la cultura de la movilidad en el ocio, el *commuting*, la contraurbanización, etc.» (José Antonio Pérez Rubio).

Y en esa complejidad es donde se mueve la nueva criatura, la nueva cultura rural llena de multiplicidades sin unidad aparente. Por ella pululan los rurales y los nuevos rurales con sus distintos objetivos, desde los que pretenden «recampesinizar» el campo recuperando los valores de antaño hasta los que se reasientan fuera de la lógica de cualquier sistema e inventan una segunda oleada de nuevas comunidades, semejante a la que se produjo en los años sesenta. Desde los que se asientan gracias al sistema, con las subvenciones europeas, que se diseñan desde la estratosfera, y montan empresas de todo tipo, hasta los que solo quieren lograr la autosuficiencia económica basándose en agricultura y ganadería desarrollada en un espacio limitado, y que sufren muchas veces la gran dificultad de su utopía. Y sobre todos ellos, los mariscales de campo, los Grupos de Acción Local que representan en definitiva el interés del Estado y sus políticas de desarrollo rural y reflejan, también, el sentir de parte de los paisanos que no tienen idealizada su cultura y la viven como demasiado esforzada y sufrida y prefieren adaptarse a los tiempos modernos para evitar la despoblación, convirtiendo los núcleos rurales en productivos y competitivos, creando industrias de cualquier tipo. Quieren

configurar un medio rural renovado en el que se desarrollen actividades laborales diversas, muchas de ellas innovadoras, pues pretenden ser algo más que el territorio de descanso para la población urbana, y para ello hacen surgir programas como «Abraza la Tierra» que, con una red de Oficinas de Acogida, promueve el asentamiento de nuevos vecinos que pongan en marcha proyectos empresariales y dinamicen el territorio, lo que permite adquirir mayor peso político para lograr más inversiones y mejores servicios para la población que eviten la emigración. Instituciones que luchan por conseguir de las administraciones centrales medidas fiscales diferentes y compensadoras porque sostienen unas actividades económicas menos rentables que en las ciudades, pero que garantizan la pervivencia de un mundo del que todos necesitamos.

Queremos terminar haciendo una defensa de lo que algunos llaman los “neocampesinos” dentro del movimiento neorrural, como los nuevos pastores que salen de las escuelas nacidas ante la falta de relevo de una actividad esencial para los ecosistemas, o los nuevos agricultores que con una mezcla de distintas fuentes agronómicas, modernas y tradicionales, sacan adelante producciones de alimentos con calidad, pues no podemos olvidar que todos, absolutamente todos, necesitamos la agricultura para vivir, por lo que no nos podemos permitir que la cultura rural no se reinvente más allá de las políticas de desarrollo que fomenta el sector terciario, limitando, a su vez, el sector que le es realmente propio, la agricultura. Y debemos considerar que, aunque la criatura que nazca de este *totum revolutum* tenga algo de Frankenstein que incomoda la idealización que deseáramos, es preciso que los mimbres humanos, sociales y naturales que convergen en la naturaleza domesticada del campo se trencen para elaborar un cesto que vuelva a recoger cosechas de lo único que es realmente imprescindible, el alimento que vincula a la tierra; como dice Lord Northbourne, no podemos olvidar que «desde el punto de vista de la biología y la economía, sólo la agricultura es el fundamento de la vida humana en este planeta. Una vez establecido dicho fundamento, se convierte en la principal expresión de la relación entre el hombre y la naturaleza. Todas las demás actividades humanas son, por decirlo así, derivaciones que surgen de ella y dependen de ella. Podríamos pasar sin tales derivaciones, pero no sin la agricultura. Por lo tanto, nos afecta más directamente y más de cerca que cualquier otra actividad; la calidad de nuestras vidas y nuestras perspectivas se refleja en la agricultura, y ésta, a su vez, se refleja en aquellas». Y desde un punto de vista más romántico, esta función es más que la simple producción de comida; es la función a través de la cual el hombre se integra con su entorno, lo que está muy cerca de simbolizar una integración con los orígenes de lo propiamente humano. Etimológicamente, «lo humano» es humus, tierra viva y fértil.

«Para que el tiempo, con sus ciclos y estaciones, con sus edades, nacimientos y muertes, “regrese” a cada conciencia, debe tener un fuerte anclaje en la tierra, de la misma manera que la cometa vuela, planea y regresa, a condición de que un brazo agarre sin soltar el cordón» (Dionisio Romero). Los nuevos campesinos que surjan de esta nueva cultura rural han de conectarse nuevamente al cordón umbilical de la madre Naturaleza, mientras el espíritu asfixiado por la modernidad emprende el vuelo de nuevo hacia un cielo de realidades que trascienden la individualidad y lo dotan para el amor y la amistad. La esencia de la cultura rural nació como una entidad colectiva protectora que tenía como último objetivo la liberación de sus miembros en una realización espiritual que les hiciese plenos, hombres libres para irradiar en las cinco direcciones del espacio, las virtudes que emanan de la verdad, la bondad y la belleza, de las que se beneficiaban los próximos, los prójimos... Todos los que ahora formamos

parte de esa nueva cultura rural no debemos olvidar que la disciplina social de la comunidad requiere el sacrificio y la abnegación por el bien del grupo, lo que ayuda a corregir el pensar en uno mismo como un centro y como esencialmente diferente de los demás; pero tampoco podemos olvidar que lo que indica la liberación espiritual es tanto una falta de inclinación a imponer la propia voluntad a otros como el haberse liberado interiormente del dominio de los demás sobre uno mismo; libres del propio ego, libres de los egos de los demás. Eso sólo es posible si las interacciones humanas dependen de una base espiritual que comuniquen ante todo una realidad y un sentido de *ser*.

La cultura puede marcar importantes diferencias, y la cultura se construye. La nueva cultura rural, que hoy tenemos entre las manos, se puede tejer en el presente recordando que en el pasado su guía fue «un cristianismo revolucionario que realizó innovaciones sorprendentes como el pacto monástico, o los monasterios familiares y dúplices, con comunidad de bienes, prevalencia de la asamblea, cosmovisión del amor, derechos del individuo, dignificación de la mujer, centralidad de lo espiritual, y otras. De ahí resultan las características de nuestra sociedad rural popular tradicional: el concejo abierto, los comunales, los sistemas de ayuda mutua, la soberanía y autonomía del municipio, la convivencialidad como bien supremo, los fueros municipales y cartas de población, la autonomía cultural de la rural gente». (Félix Rodrigo).

Necesitamos urgentemente un modelo de sociedad en equilibrio con el medio natural, con un gran sentido de su responsabilidad y eficiente en el uso de sus recursos. Quizá recuperando nuestras raíces, el árbol de Occidente que se tambalea, pues ha abandonado la fértil tierra, vuelva a poder orientar sus ramas hacia el cielo, para cobijo de todos los seres, y dé por fin un fruto comestible. Muchas gracias.

Beatriz Calvo Villoria. www.ecologiadelalma.es

Notas

1. P. Berger, *A rumor of Angels*
2. Félix Rodrigo Mora, *Naturaleza ruralidad y civilización*
3. T Harrison, *savage civilization*
4. Dionisio Romero, *Naturaleza Intangible Agenda Viva*
5. Dionisio Romero. *Ibidem*
6. Felipe Esquíroz, citado por Félix Rodrigo
7. Dionisio Romero. *Ibidem*
8. Dionisio Romero. *Ibidem*
9. John Berger, citado por Gustavo Duch, *Diario Público* 20 de agosto
10. Marc Badal, en la revista *Raíces*.
11. Dionisio Romero. *Ibidem*